

## LA APE INFORMA

---

---

# UNA INFANCIA ROBADA:

## Tras la huella psicológica del maltrato en primates

DR. MIQUEL LLORENTE | Presidente de la APE

Publicado originalmente en #SciLogs de «Investigación y Ciencia»

**Nuestra familia está en peligro. Seis de cada cuatro especies de primates está en riesgo de extinción, y el 100 % de nuestra familia más próxima — los grandes simios (chimpancés, bonobos, gorilas y orangutanes)— están amenazados. La imagen es desoladora. ¿Hay espacio para el optimismo?**

**E**n algunos casos las cifras son escalofriantes. El «triste récord» lo tiene el gibón de Hainán (*Nomascus hainanus*) —que tan solo cuenta con entre 15 y 25 individuos en libertad— seguido de su pariente el gibón de cresta negra oriental (*Nomascus nasutus*) con unos 45 individuos reproductivos en estado salvaje. En Madagascar, la población de sifacas de Perrier (*Propithecus perrieri*)

no supera los 125 sujetos, mientras que el sifaca sedoso (*Propithecus candidus*) y el lémur del bambú (*Hapalemur simus*) apenas llegan a los 250 individuos en la naturaleza. La situación de algunos grandes simios no es mucho mejor. En el recién descubierto orangután de Tapanuli (*Pongo tapanuliensis*) no existen más de 800 simios pelirrojos habitando en el ecosistema de Batang Toru, al norte de la isla de Sumatra.



*Nomascus hainanus*  
**15 - 25 individuos**

Fotografía: Wikimedia Commons



*Propithecus candidus*  
**250 individuos**

Fotografía: Wikimedia Commons



*Pongo tapanuliensis*  
**800 individuos**

Fotografía: Wikimedia Commons



Algunos informes estiman que alrededor de 22.000 grandes simios salvajes desaparecieron entre 2005 y 2011 por culpa del tráfico ilegal y de la caza furtiva, con un promedio anual de unos 3.000 chimpancés. Es lo que se conoce como el *bushmeat*, o comercio de «carne de selva», una de las grandes y lucrativas amenazas para los primates no humanos.

A causa de la destrucción del hábitat, los cambios en la cobertura del suelo, las demandas del mercado global o la deforestación impulsada por la industria, algunos de estos animales son rescatados y trasladados a centros de rescate de animales, también denominados santuarios. La mayoría de los individuos que llegan a estos centros son jóvenes huérfanos. Tristemente, el número de

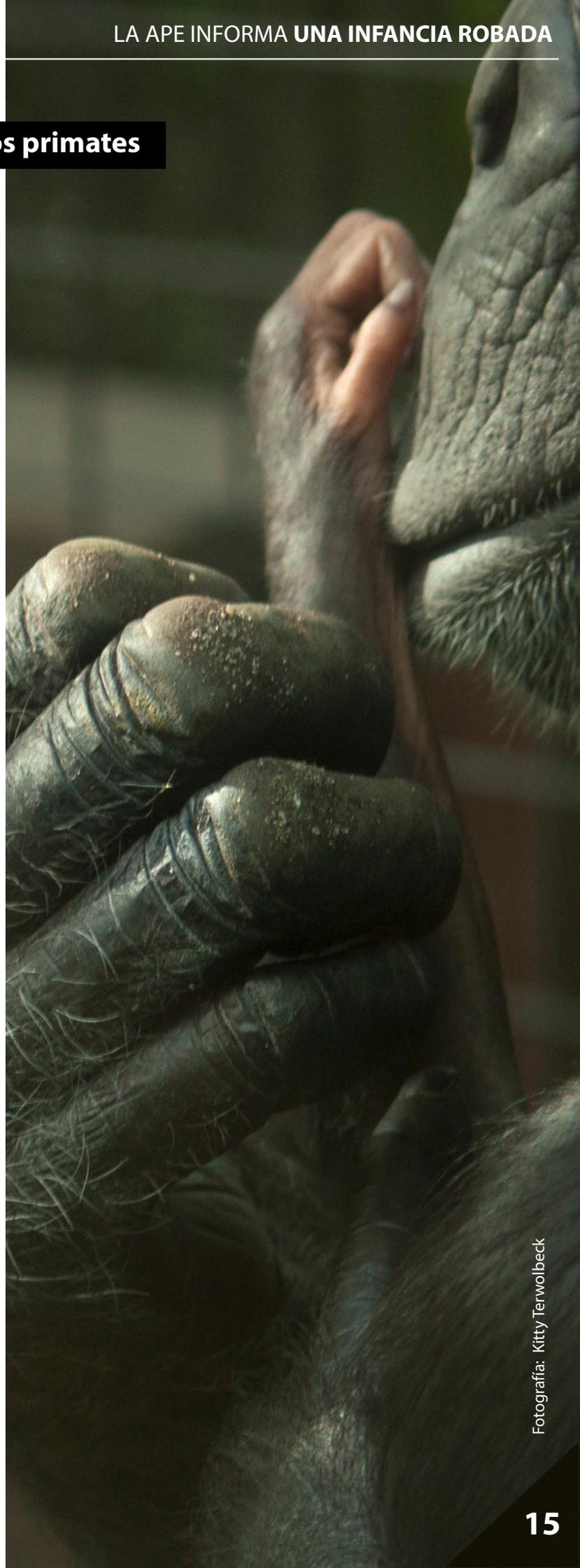
jóvenes que llegan a estas instituciones no para de crecer. En África, PASA (Pan African Sanctuary Alliance) agrupa a 23 organizaciones distribuidas en 13 países. Algunos de ellos, como Tchimpounga (R. Congo) —liderado por la veterinaria gallega Rebeca Atencia— acogen más de 150 chimpancés provenientes del tráfico ilegal. Otros, como Lwiro (R.D. Congo) —dirigido por la ambientóloga vitoriana Itsaso Vélez del Burgo— luchan por sobrevivir económicamente en un país donde la inestabilidad política y la inseguridad son crónicas.

Pero más allá del impacto sobre las poblaciones salvajes ¿qué efectos tiene el tráfico ilegal y la caza furtiva sobre el bienestar y la salud mental de los supervivientes?

## La importancia de la infancia en los primates

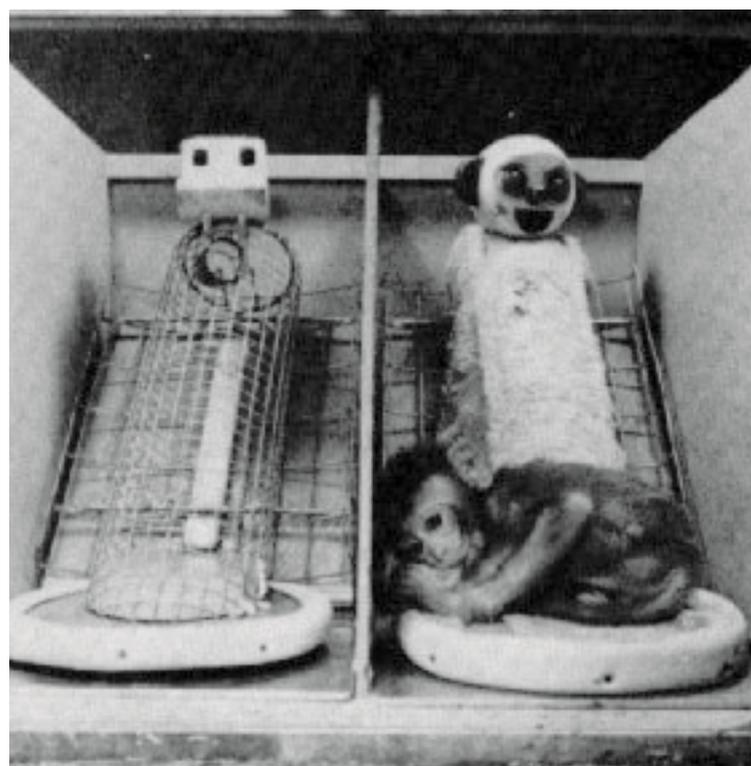
De la misma manera que ocurre en humanos, para los chimpancés y el resto de grandes simios, los primeros años de vida forman parte de etapa fundamental. La primera infancia es uno de los periodos más sensibles y críticos a nivel psicológico y emocional. Cualquier experiencia negativa extrema podría ocasionar afectaciones cognitivas y emocionales adversas debidas a la modificación de la estructura y neuroquímica cerebral. Es lo que se conoce como «periodos sensibles o críticos del desarrollo» y uno de los responsables es nuestro cerebro primate. La plasticidad cerebral durante estos primeros años de vida es enorme. Una gran ventaja evolutiva que también puede tener un enorme coste. Nuestra capacidad de asimilar información y de aprender son increíbles. Sin embargo, los primeros años de vida también son un periodo vulnerable donde las situaciones de estrés pueden moldear el desarrollo de nuestro cerebro y modificar alguna de sus estructuras y su funcionamiento químico.

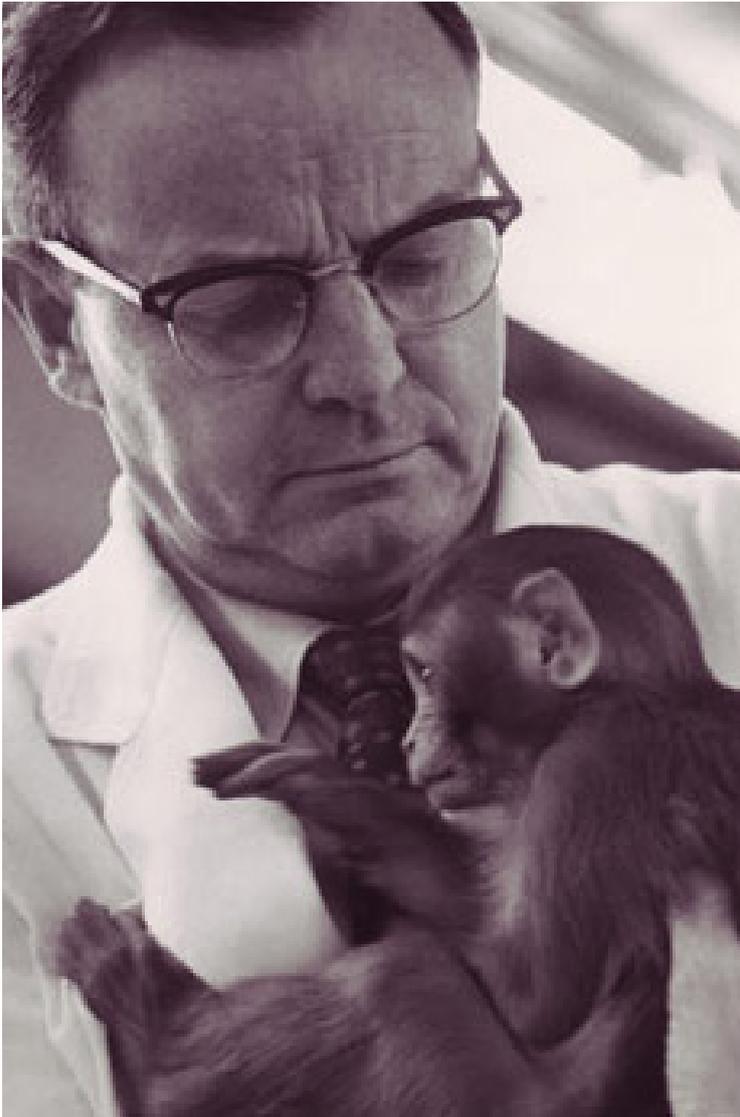
Crecer en un grupo social —en una familia— posibilita que las crías puedan interactuar con otros individuos, construyan lazos sociales y emocionales, y aprendan las habilidades necesarias para la vida en grupo y para la supervivencia en un entorno natural. Es decir, en los primates —humanos y no humanos— las relaciones sociales comprenden un aspecto importante —o



fundamental— del ambiente de los más pequeños y resultan decisivas para que el comportamiento de los individuos se desarrolle de una manera acorde a nuestra evolución como especie. El grupo nos protege, no solo en sentido literal, sino que además actúa como «amortiguador» ante las vicisitudes de la vida, nos hace más resistentes y también más resilientes.

Desde hace décadas, numerosos estudios han podido documentar que los primates criados en ambientes de aislamiento social y privación presentan una serie de consecuencias negativas relacionadas con el crecimiento físico, desarrollo cerebral o conducta social. Por lo tanto, tanto en un macaco como en un pequeño humano, la correcta estimulación temprana —social y emocional— por parte de la madre y del resto de la familia y compañeros de grupo, resultan fundamentales para un desarrollo normal. El psicólogo norteamericano Harry Harlow —en sus estudios iniciados en los años 1960— vio que en los macacos rhesus la privación del contacto con otros individuos durante los primeros seis meses de vida producía terribles efectos nocivos en los animales. Estas investigaciones pusieron en evidencia la importancia que para todos los primates tiene desarrollar vínculos afectivos durante la primera infancia. La construcción de un apego seguro durante los periodos de máxima susceptibilidad resulta primordial para primates humanos y no humanos.





¿Qué les pasaba a los macacos de Harlow? La lista de repercusiones es terrible y comparable a las documentadas en humanos en situaciones similares. Así, aquellos humanos que han crecido en entornos sociales extremadamente aberrantes o que han vivido institucionalizados durante décadas presentan enormes dificultades para vivir en sociedad, además de terribles afectaciones a nivel cerebral, neuroquímico, emocional, cognitivo o psicológico. También en humanos se ha podido documentar que las experiencias sociales tempranas pueden dejar una «huella» en la personalidad durante la etapa adulta, provocando cambios en la autoestima de los sujetos y en su estabilidad emocional. La separación o pérdida de la madre antes de los cinco años de edad también incrementa el riesgo de desarrollar trastornos de personalidad, fundamentalmente en hombres. Finalmente, algunos trabajos han podido demostrar que la separación parental, la calidad de la crianza, las experiencias traumáticas o la exposición a dosis extremas de estrés durante los primeros años de vida son importantes factores de riesgo para el desarrollo de trastornos mentales como el estrés postraumático, depresión, ansiedad, deterioro cognitivo, fobia, agresión o episodios psicóticos.



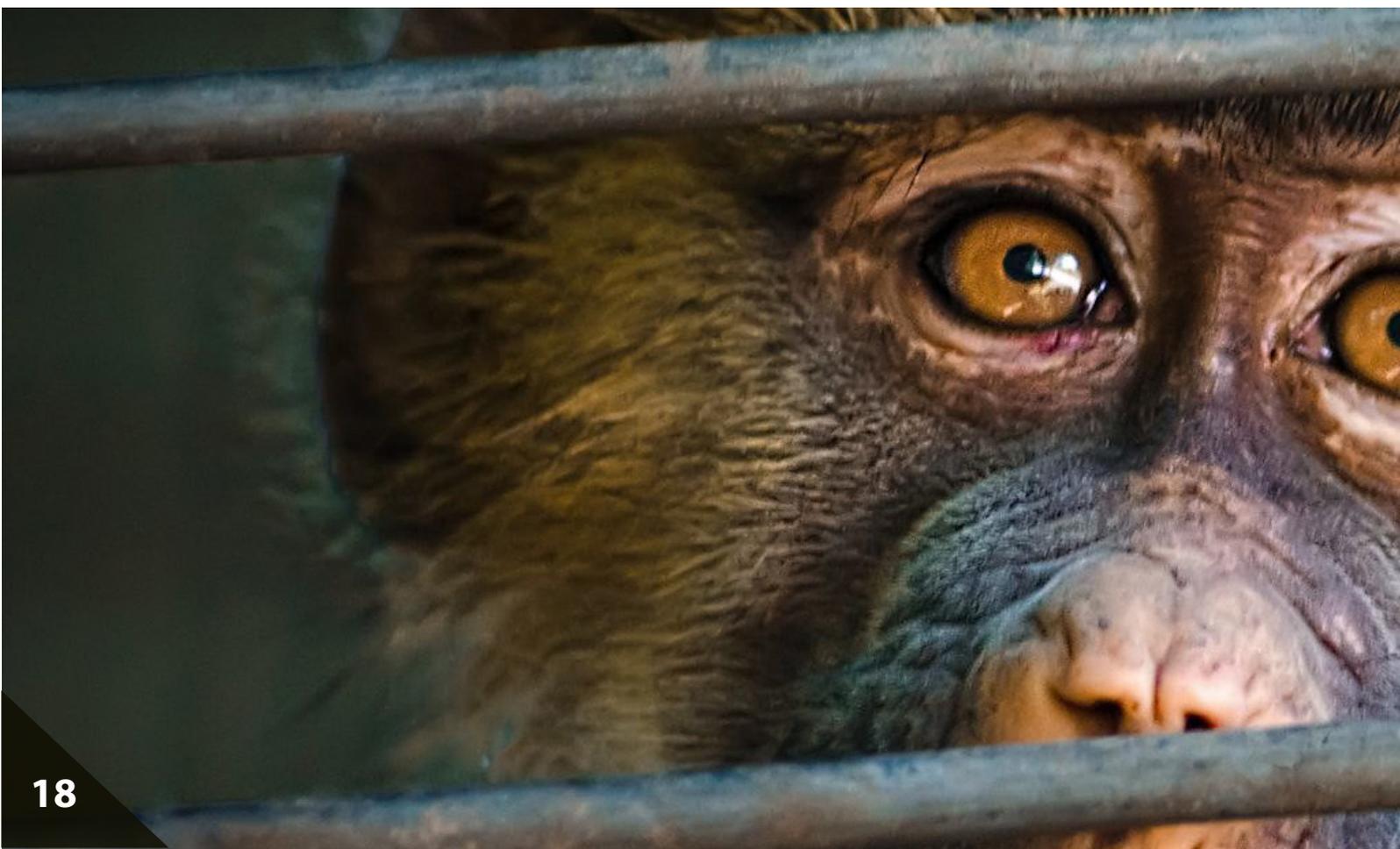
**El experimento de Harry Harlow sobre el vínculo materno-filial**

(Wikimedia Commons)

## Tras la cicatriz emocional

Debido a la proximidad genética, biológica y psicológica, los primates no humanos —y en particular los chimpancés— se han considerado un adecuado modelo comparativo para comprender las consecuencias e implicaciones del estrés crónico y las situaciones traumáticas durante la primera infancia humana. Tras décadas de estudios, las consecuencias del trauma y del maltrato en estos sujetos son indudables. La cicatriz emocional es patente y como «cicatriz» en muchos casos es permanente. Las evidencias provienen tanto de los animales que proceden del tráfico ilegal, como de aquellos que durante años han vivido en laboratorios de investigación biomédica o que se han dedicado al mundo del espectáculo, circo,

publicidad o han crecido como mascotas en entornos altamente humanizados. Uno de los nexos comunes en todos estos casos es crecer en un entorno «anormal» desde un punto de vista biológico y evolutivo. Son individuos con una infancia robada y desnaturalizada. La mayoría de estos animales acaban desarrollando durante su vida adulta diversos tipos de déficits cognitivos, comportamientos anormales y estereotipias, dificultades en la vida social y sexual, trastornos del apego, inactividad, neofobia, alta sensibilidad al estrés, dificultades de comunicación o incluso trastornos mentales. Este último punto es quizá uno de los que más interés ha despertado en los últimos años. Así, durante la última década se han podido diagnosticar diversos trastornos mentales en chimpancés tales como el trastorno por

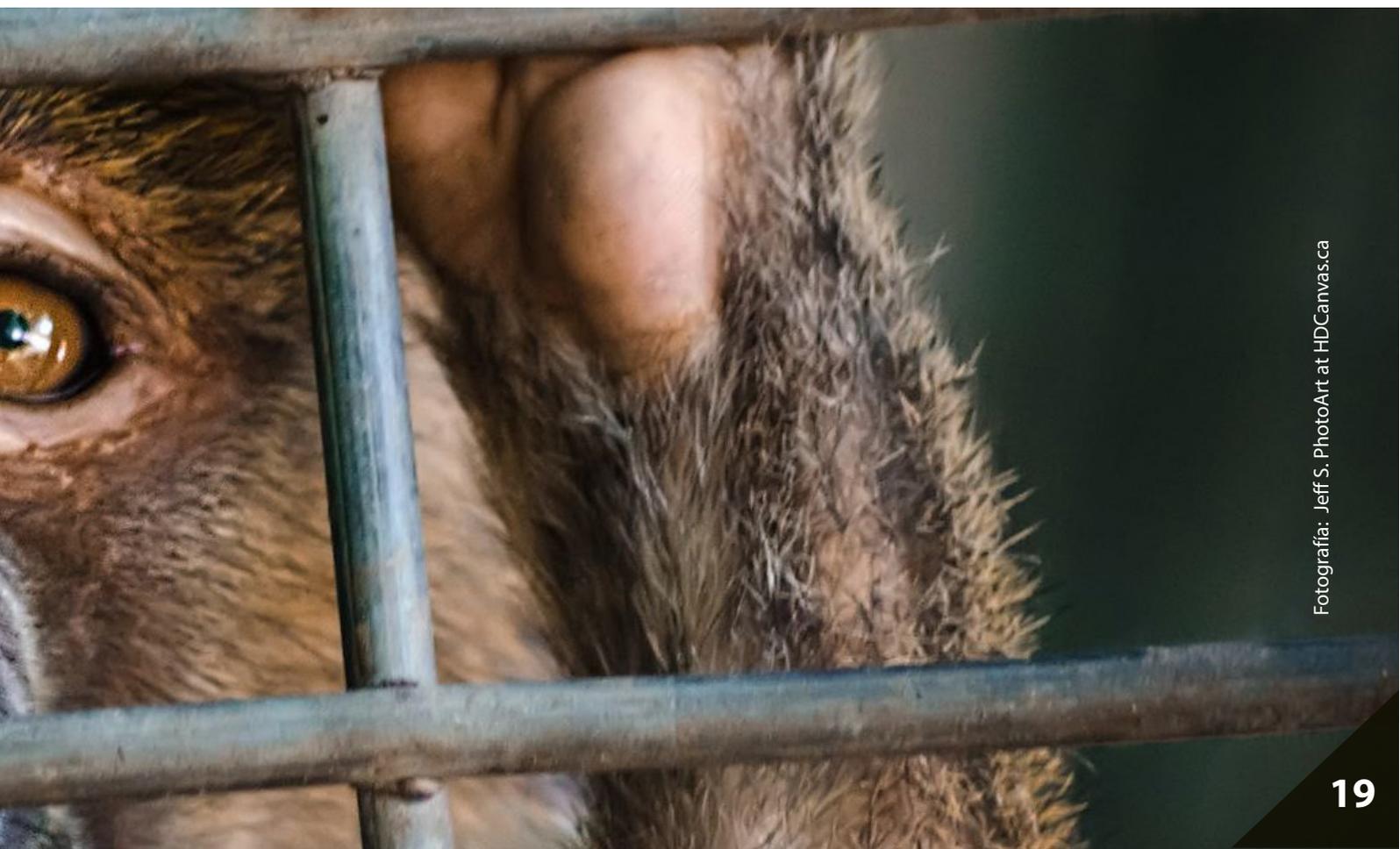


estrés postraumático, depresión mayor, trastorno por ansiedad generalizada o el trastorno obsesivo-compulsivo.

Sin embargo, a día de hoy poco se sabe de las consecuencias negativas que los primeros años de vida tienen sobre la personalidad de estos huérfanos supervivientes. En este sentido, recientemente investigadores de la Universitat de Girona, de Fundació Mona y del Tacugama Chimpanzee Sanctuary hemos evaluado y cuantificado por primera vez las consecuencias que la caza furtiva provoca sobre la personalidad de estos chimpancés rescatados.

Tal como comenta Sara Ortín — investigadora de la Universitat de Girona— «el proyecto resulta pionero por dos aspectos fundamentales. En primer lugar, porque es la primera ocasión en la que —de manera objetiva y científica— podemos afirmar

que chimpancés que fueron extraídos de su hábitat natural a causa del comercio de carne de selva y que han sido trasladados a santuarios se caracterizan por disponer de un perfil de personalidad distinto del de individuos que han tenido un desarrollo normal con sus madres. Si bien existían evidencias sobre estas repercusiones en chimpancés a nivel cognitivo, emocional o de comportamiento, nunca se había determinado hasta qué punto la personalidad también podía verse afectada de manera permanente. En segundo lugar, hemos conseguido evaluar una muestra de 84 chimpancés de los santuarios de Tacugama (Sierra Leona) y Chimfunshi (Zambia). La cantidad de trabajo y datos generados ha sido inmensa, pero las conclusiones también son mucho más sólidas».



¿Cuál es la «cicatriz» que permanece en estos animales? Tal como hemos podido detectar en la investigación publicada en *Developmental Psychobiology*, los chimpancés nacidos en libertad —y que además han perdido a su madre— han sufrido una situación más traumática durante la infancia y, por tanto, son más susceptibles a situaciones de estrés. Este mismo patrón también ha podido ser reportado en humanos. El perfil de personalidad de estos animales es claramente el de unos chimpancés más ansiosos y estresados, así como marcadamente dominantes y con un control y disciplina extremos. A pesar de los años transcurridos desde su llegada a los centros de recuperación de Chimfunshi y Tacugama, la cicatriz emocional sigue presente en estos sujetos. La herida, aunque cerrada, aún permanece.

Por suerte, una nueva vida les espera. Instituciones como Chimfunshi, Tacugama y decenas de centros, les ofrecen por primera vez vivir en grupos sociales donde desarrollar poco a poco un comportamiento más natural y acorde a sus necesidades biológicas y etológicas. Así, la mayoría de estos centros disponen de instalaciones amplias, naturalizadas y complejas, donde los animales encuentran un entorno cognitivo y socialmente estimulante. Un lugar común en el que compartir traumas, pero también donde encontrar la ayuda de otros. Aunque la huella de una triste historia pasada no podrá ser borrada,

mejorar la calidad de vida de estos simios debe ser un imperativo para todos nosotros. Los humanos somos los principales responsables del daño ocasionado a estos animales, de robarles su infancia y, por tanto, de ofrecerles una segunda oportunidad. El bienestar y la conservación de los grandes simios está en nuestras manos. ■

## Referencias

Ortín, S., Úbeda, Y., Garriga, R.M., Llorente, M. (2019). Bushmeat trade consequences predict higher anxiety, restraint, and dominance in chimpanzees. *Developmental Psychobiology*. DOI: 10.1002/dev.21853

## INSTITUCIONES DEL PROYECTO

- Unitat de Recerca i Etologia, Fundació Mona, Riudellots de la Selva, Spain.
- Fundació Universitat de Girona: Innovació i Formació, Girona, Spain.
- Facultat d'Educació i Psicologia, Universitat de Girona, Girona, Spain.
- Tacugama Chimpanzee Sanctuary, Western Area Peninsula National Park, Sierra Leone.
- IPRIM, Institut de Recerca i Estudis en Primatologia, Girona, Spain.

## FINANCIACIÓN

“la Caixa” Foundation, Grant/Award Number: LCF/PR/PR17/11120020;  
 Ministerio de Ciencia e Innovación, Grant/Award Number: HAR2012-32548  
 Agència de Gestió d'Ajuts Universitaris i de Recerca, Grant/Award Number: 2017-SGR-1040

